

- Luteranos concordistas, así llamados por la obra titulada : *la concordia de Bergue*..... 1580.
- Roberto Brown, autor de los puritanos brownistas..... 1583.
- Fanático del Perú, que aspiraba á destruir el pontificado, la dignidad real y los primeros principios de las buenas costumbres..... 1583.
- Miguel Bayo, autor del bayanismo, con Juan de Hessel ó Juan de Lovaina..... 1589.
- Arminio, gefe de los calvinistas mitigados, llamados arminianos..... 1603.
- Gomar, gefe de los calvinistas rigurosos, llamados gomaristas..... 1603.

APÉNDICE

AL LIBRO SEPTUAGÉSIMO.

Siglo de Felipe II.

El método que sigue constantemente el sábio abate Berault-Bercastel en su historia, le induce muchas veces á omitir ó pasar en silencio algunos hechos y noticias muy propias de la historia de la Iglesia en general, y mucho mas de la de la iglesia de España en particular. En las notas á los libros precedentes hemos hecho repetidas veces esta misma observacion, la que nos ha obligado tambien á insinuar, aunque brevemente, los sucesos mas principales de la historia de España, omitiendo los demás, ó indicando á nuestros lectores las obras en que podian hallar una noticia mas circunstanciada y estensa. Pero en los libros de Berault que comprenden la época del largo y feliz reinado de Felipe II, si bien hemos procurado aclarar el cortísimo número de hechos pertenecientes á España que toca cuasi superficialmente nuestro historiador, nos abstuvimos de multiplicar las notas que hubieran sido necesarias para dar una idea de esta parte de la historia eclesiástica de España, acaso la mas fecunda en sucesos y personajes eternamente memorables, y la mas gloriosa á nuestra pátria; ya porque hubiera sido preciso

mezclar confusamente las noticias de nuestra nacion con las que de otros paises refiere el autor, ya porque juzgamos mas á propósito presentarlas todas reunidas por modo de apéndice á la narracion de Bercastel. No pretendemos, sin embargo, trasferir aquí todas las memorias civiles y eclesiásticas de aquel tiempo, sino pintar solamente el carácter del siglo de oro de España, y hacer ver que su felicidad y gloria nacieron de la constante adhesion del Monarca y de todos sus súbditos á la Religion católica, apostólica romana, y de su firmeza en oponerse y rechazar todo género de errores.

Notorio es el lastimoso estado en que se halló la mayor parte de Europa durante el siglo diez y seis. El espíritu de Lutero y de Calvino, difundido con estraordinaria rapidéz desde el centro de Alemania y Francia hasta las estremidades mas remotas del norte, llevó consigo á todas partes, juntamente con el error y con el ódio á la verdadera Iglesia de Jesucristo, la rebelion contra toda potestad legítima. Polonia, Suecia Dinamarca, Prusia y Bohemia, vieron trastornados repetidas veces sus gobiernos, á pesar de los esfuerzos que hicieron algunos de sus Príncipes para contener la heregía y la sedicion. Una guerra cuasi continua destrozó alternativamente las diferentes partes del cuerpo germánico, donde aspiraba el protestantismo á eternizar su dominacion, como logró establecerla en Inglaterra, segundando el desenfreno de Enrique VIII y los devastadores planes de la impía Isabel. En Francia, la debilidad de los tres hijos de Catalina de Médicis, las perpétuas intrigas de los hugonotes, y la altivéz de algunos gefes de las comunidades católicas, hicieron de aquel reino un vasto campo de luto y horror. Finalmente, las disensiones de las angustas casas de Austria y Francia sobre el reino

de Nápoles, introdujeron tambien en Italia la devastacion, especialmente en la primera mitad del siglo. Véanse, pues, amenazadas por do quiera la Iglesia y las potestades civiles de un trastorno universal, no menos funesto y sangriento que el que padeció Europa en la irrupcion de los bárbaros del septentrion. Y si, como observa el sábio canónigo de Noyón (1), solo el brazo omnipotente de la Providencia pudo conservar la Iglesia en tan deshecha tempestad, y hacerla triunfar de todos sus enemigos, tambien podemos decir, que fue propio de la divina Providencia presentar á la Europa y al mundo todo en nuestra nacion privilegiada un egeemplo brillantísimo de la gloria y prosperidad que comunica á los pueblos el amor y celo de la verdadera religion.

En efecto, desde los tiempos del gran Recaredo, desde aquella gloriosa época en que los Leandros, Isidoros, Ildefonsos, Fulgencios, Braulios y otros muchos doctores y Santos renovaron en la península la imágen de los dias mas felices de la Iglesia y del imperio, no tuvo España edad mas venturosa que aquella misma que tan desgraciada fue para las demás naciones. Despues de ocho siglos de una guerra la mas encarnizada; despues que los últimos triunfos de los Reyes Católicos Fernando é Isabel redujeron á la nada el poderío de los árabes; y cuando reunidos todos los reinos y dirigidos por un solo cetro pudo entonar España el himno de la victoria y de la union, comenzó el cielo á derramar abundantemente sobre ella las bendiciones que mereciera por su constancia y fidelidad. Una nueva era, mas felíz que todas las que la precedieron, abrióse entonces para este

(1) Discurso sobre la última edad de la Iglesia.

pueblo eminentemente religioso. Todas las virtudes cristianas, la perfeccion mas sublime, las ciencias naturales y divinas, la estension del poder, la riqueza interior, el respeto y consideracion de los países estrangeros, hasta la magestad y cultura de la lengua, todo contribuyó en el siglo diez y seis á elevar á la monarquía española al mas alto grado de prosperidad y grandeza á que puede aspirar una nacion. Bajo el gobierno de dos Príncipes, cuya primera atencion era proteger á la Iglesia, se vieron levantar prelados distinguidos por su santidad y sabiduría; sacerdotes poderosos en obras y palabras; misioneros celosos, ó mas bien verdaderos apóstoles, que extendieron con su predicacion y milagros el reino de Jesucristo hasta los últimos confines del orbe; cenobítas fervientes que supieron restablecer las órdenes religiosas en su primitivo esplendor, y en una palabra, ministros perfectos en todos los grados de la gerarquía sagrada, que honraron á la Iglesia con su virtud y doctrina. El sublime genio del gran cardenal Jimenez de Cisneros, trasfundido á sus sucesores en la Iglesia y en el estado, produjo aquel número portentoso de sábios que admiró entonces y admira aun la Europa y el universo entero. Los concilios y las asambleas políticas reconocieron en los españoles del siglo diez y seis otros tantos maestros y doctores en las ciencias eclesiásticas y profanas; y la innumerable multitud de obras de todo género que se publicaron entonces en la península, es la prueba mas auténtica de la sabiduría de nuestros mayores.

No se hicieron menos célebres los españoles en este siglo por sus virtudes militares, que por su saber y religiosidad. Las legiones de la península estendidas por el imperio y por la Italia, durante el reinado de Carlos V, fueron el mas firme apoyo de

este Emperador, y la única fuerza con que logró desbaratar repetidas veces la poderosa liga de Smalcalda y sostener el trono imperial, al mismo tiempo que otros guerreros sometian al cetro de España las vastas regiones de Méjico y del Perú. Francisco I de Francia preso en Madrid, Federico de Sajonia aprisionado en Mulberga, y el pirata Barbaroja derrotado en Tunez, demuestran mas que cualquiera discurso cuál era el poder y heroísmo de los generales y almirantes de España. Este mismo valor y heroicidad aparecieron todavía mas brillantes en el reinado de Felipe II; y los campos de San Quintin y las aguas de Lepanto conservarán eternamente la memoria de la nacion que ocupó por espacio de un siglo entero el primer puesto entre todas las potencias del mundo. La decadencia del imperio otomano, ó al menos su reduccion á un estado pacífico y á la renuncia de nuevas conquistas, principió en el momento en que el inmortal D. Juan de Austria acometió y destrozó la primera de sus naves en el golfo de Corinto; y si no sufrió despues igual suerte la cismática Inglaterra, y si los rebeldes de Holanda lograron establecer su república, debe sin duda atribuirse al naufragio que padeció la armada llamada *invencible*, y á los pantanosos bosques de la Zelanda donde se vió precisado á esconderse mas de una vez el Príncipe de Orange para reorganizar sus fuerzas y las de sus aliados, batidas en todos sus encuentros con los españoles. Pero basta haber insinuado esta parte de nuestras glorias, que se pueden ver mas detalladamente en los historiadores de aquella época, y que solo hemos mencionado como una prueba sensible de lo que nos propusimos manifestar. Pasemos ya á describir el carácter de las personas y los hechos que pertenecen propriamente á la historia eclesiástica, en cuya descripcion nos

ceñiremos solamente á lo que omitió Berault, para evitar así repeticiones fastidiosas. De consiguiente, las noticias de la vida y acciones del Emperador y Rey Carlos V, y de los ilustres Santos Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Francisco de Borja, y de la esclarecida doctora Teresa de Jesus, referidas ya por nuestro historiador, no tendrán lugar en este apéndice, sino en cuanto sea preciso recordarlas para el mas fácil conocimiento de las que insertemos.

La solemne renuncia que hizo Carlos V en Bruselas de los estados de España y Flandes á favor de su hijo, colocó á Felipe II en el trono para hacer brillar en él las admirables cualidades de que le habia dotado la naturaleza, y que eran ya conocidas en la mayor parte de sus dominios. En efecto, nacido este Monarca en Valladolid en 1527, educado por eclesiásticos sabios y guiado por las verdaderas máximas de la Religion, quiso y consiguió ostentar el renombre de Católico con que se honraron los primeros Reyes de Leon y Castilla, que confirmó Inocencio VIII en D. Fernando y Doña Isabel, y que despues han heredado todos los Monarcas españoles. Carlos V que veia en su hijo un Príncipe sagáz y prudente, confióle en su juventud los negocios del estado, mientras que sus armas victoriosas se ocupaban en sujetar los rebeldes de Alemania. Supo desde entonces el jóven Príncipe grangearse el amor de sus gobernados, y dióles en aquellas circunstancias una prueba de que si llegaba algun dia á subir al trono, reinaria con gloria. Habia sido jurado sucesor á la corona en las córtes celebradas en Madrid en 1528 por todos los estados del reino: en 1543 lo fue por las de Zaragoza y Barcelona, á donde pasó Felipe acompañado de su padre; y en el mismo año contrajo matrimonio con Doña María,

Princesa de Portugal. Cinco años despues celebró córtes en Monzón, en las que nombró por cronista del reino de Aragon al célebre Gerónimo Zurita, nombramiento tan acertado como lo comprueban los anales que publicó este historiador, tan apreciables y apreciados siempre por su veracidad, elegancia y pureza de language. Concluidas las córtes de Monzón convocó el Príncipe las de Castilla en Valladolid, en las que manifestó la precision que le imponia su augusto padre de ausentarse de España, prometiendo empero que volveria dentro de poco tiempo, y que en su ausencia gobernaria su primo-hermano Maximiliano de Austria. Entristeció á toda la nacion esta circunstancia que se miraba como una calamidad, y llegó á presumirse que el Emperador, tal vez mas amante de Borgoña que de España, trataba de elevar á D. Felipe al imperio. Hubo con este motivo algunas disensiones; mas el Príncipe supo apaciguarlas con su acostumbrada prudencia, sin dejar de cumplir las órdenes de su padre. Cumplió tambien la promesa que hizo á sus españoles regresando efectivamente pocos años despues á la península, donde recibió el juramento de fidelidad en las córtes de Navarra.

En este intermedio murió el niño Rey Eduardo de Inglaterra, y fue proclamada sucesora de aquel reino María, hija de Enrique VIII; de cuya circunstancia se aprovechó el Emperador para procurar á su hijo un nuevo título de aumentar sus dominios, proponiéndole en matrimonio á aquella Princesa, que podia reparar con ventajas la pérdida que lloraba Felipe de su primera esposa María de Portugal. Efectuóse el nuevo enlace en Londres con la mayor magnificencia y con general aplauso; y se firmó al mismo tiempo la paz entre el Emperador y Enrique II de Francia. Principiaba ya entonces Carlos V á meditar la abdicacion

de sus inmensos dominios, y resolviéndose por fin á dar al mundo este egemplo inaudito de magnanimidad y de celo por su salvacion eterna, llamó desde Bruselas á su hijo que se hallaba aun en Londres, y á presencia de todos los estados de los Países-Bajos, y de un extraordinario concurso de embajadores, grandes y nobles, le cedió el dominio de la Borgoña, de Flandes, y por fin de la corona de España, creándole en el mismo acto con toda solemnidad gran maestre de la orden del toison de oro. Fue mirado Felipe desde luego como el mas poderoso Monarca de su siglo: además de las coronas de España, Nápoles, Sicilia y de los Países-Bajos, poseia el ducado de Milán y el Franco-Condado; su autoridad estaba reconocida en Tunez, en Oran, en Cabo-verde y en las islas Canarias; como esposo de la Reina de Inglaterra tenia en su mano las fuerzas de aquel poderoso reino, y las posesiones del Nuevo-mundo que él mismo supo aumentar le daban inmensas riquezas. Se le ha querido comparar algunas veces con su propio padre; pero á decir verdad, ni como guerreros ni como políticos, pueden parangonarse estos dos Monarcas. Carlos aventajó á su hijo en los talentos militares; pero Felipe sabia manejar con tal acierto los negocios de estado, que desde su gabinete mandaba sus egércitos y se hacia temer de sus enemigos no menos que Carlos al frente de sus tropas. En una palabra, por su política y habilidad mereció el renombre de prudente que le han tributado los escritores imparciales de su vida.

Habia empuñado el cetro en un corto intervalo de paz, que se recibió en Europa como feliz presagio de la total estincion de las pasadas turbulencias; pero estos auspicios no tuvieron muy larga duracion. Enrique II de Francia violó en 1556 la tregua

de Vauxelles; firmó un nuevo tratado de alianza con la santa Sede contra Felipe, y volvió con este motivo á encenderse la guerra en Italia y en los Países-Bajos; mas ésta que se miró como una calamidad, sirvió para dar á conocer el carácter eminentemente religioso del Monarca español. Cuando el Papa Paulo IV se declaró abiertamente contra él, mostró una moderacion que admiró á sus mismos enemigos. El respeto de Felipe á la santa Sede se habia fortificado con la edad, de suerte que á pesar de haberle asegurado los teólogos que podia, sin faltar á las obligaciones de cristiano, ponerse en estado de defensa y aun prevenir los efectos de la conducta hostil de sus contrarios, rehusó por mucho tiempo tomar medida alguna aguardando siempre que Paulo IV entraria en el camino de la paz y de la concordia; pero al fin se vió obligado á tomar las armas y salir á campaña. El duque de Alba, uno de los mas valientes capitanes de su siglo, invadió los estados pontificios despues de haber apurado todos los medios de conciliacion, y no logró firmar treguas con el Pontífice hasta que sus tropas victoriosas llegaron á las puertas de Roma, en cuyas circunstancias se manifestó de lleno la religiosidad del invicto general y de su Soberano. No existian dentro de Roma mas que dos mil franceses mandados por Montluc, mientras que el vencedor contaba con un egército de diez mil hombres acostumbrados ya á conquistar plazas mas fuertes. Sin embargo, el duque de Alba, conformándose con las instrucciones que recibiera de su Príncipe, fue el primero en pedir y ofrecer la paz al Papa.

Luego que supo Enrique II que habia accedido el Pontífice y firmado la tregua con los españoles, resolvió seguir por sí mismo la guerra, y con este objeto envió á Italia al duque de

Guisa con un poderoso ejército; bajo pretexto de socórrer al Papa á quien suponía oprimido por las circunstancias. Por otra parte, el general francés Coligni se presentó en las fronteras de Flandes; y se principió la lucha con más furor que nunca. Pero esta guerra que tanto habian provocado los franceses, fue acaso la mas gloriosa de cuantas hasta entonces habia sostenido España; y la memorable jornada de San Quintin con todas sus consecuencias que describimos ya en su lugar, obligó al obstinado Enrique á solicitar y admitir las condiciones de paz que quiso imponerle el vencedor. Los demás Príncipes de Europa, que deseaban restablecer el buen orden en sus estados alterados por las continuas guerras, contribuian á que aquella se firmase, escepto la Reina de Inglaterra, que sin alegar otro derecho que el de las armas, pretendia que se le volviese la ciudad y puerto de Calais que habian reconquistado poco antes los franceses. Creia Felipe no deber oponerse á la voluntad de su esposa, y con este motivo quedaron paralizadas por algún tiempo las negociaciones, hasta que habiendo acaecido la muerte de Doña María de Inglaterra, Felipe y Enrique depusieron las armas, y se juraron una amistad eterna, y para mayor garantía de esta nueva alianza, Enrique dió á Felipe en esposa á su hija la infanta Doña Isabel. Desde aquel momento ambos Monarcas se ocuparon en reparar los daños que habian ocasionado las continuas guerras.

Entretanto la doctrina de Lutero habia cundido en Flandes, en Francia y aun en España; era de grande importancia el desterrarla, pero era preciso valerse de grandes medidas, porque tenia poderosos partidarios; partidarios que con las armas en la mano esparcian el terror y la desolacion por todas partes. Enrique

estableció en sus dominios un tribunal para que procurase convencer con moderacion á los estraviados; pero Felipe, que prevenia el incremento que iban á tomar, creyó que debia usar del mayor rigor para estirpar la heregía. El duque de Alba en Flandes, y la inquisicion en España fueron los egecutores de las órdenes de Felipe; y mientras Enrique probaba todos los efectos de la guerra civil, Alba consiguió aterrorizar el luteranismo en Flandes, y D. Fernando de Valdés, inquisidor general y arzobispo de Sevilla, estinguirle en España. Bien es verdad que se sacrificaron innumerables víctimas, pero era necesario, segun el sentir de los mas juiciosos historiadores, usar de un rigor sin límites para preservar á los pueblos de las que les preparaba el fanatismo de los luteranos; y esto es sin duda lo que ha movido á los escritores protestantes á llamar á Felipe vengativo, inflexible, sanguinario, y tambien hipócrita, llegando al delirio de darle el nombre de *diablo del medio dia*; pero digan lo que quieran, si Felipe mandó levantar tantos cadalsos, fue solo para impedir que la impiedad levantase los que estaba preparando contra los verdaderos creyentes. Sin embargo, debemos manifestar que iguales medidas produjeron diferentes efectos en Flandes y en España. En aquellos estados no bastó el castigo de millares de hereges, mientras que en nuestro suelo algunos autos de fe celebrados en Sevilla y Valladolid restablecieron la paz á la Iglesia. Mas como en tales circunstancias suele tambien verse oprimida la inocencia por la mano atróz de algun envidioso ó malvado, no es extraño que el virtuoso y sabio prelado D. Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo, fuese entonces víctima de la calumnia, y perdiese la gracia de Felipe sin poder triunfar de sus enemigos hasta despues de su muerte.

Restablecida ya la paz, pudo dedicarse el Monarca á labrar la felicidad de sus pueblos, y ésta fue sin duda una de las épocas mas florecientes de su reinado. La agricultura, las artes, y en particular las ciencias volvieron á cobrar todo su vigor. Trabajando siempre en su gabinete supo elegir buenos ministros, excelentes directores, sábios y virtuosos prelados, y logró en fin establecer una justa y sabia administracion en todos sus dominios. La milicia gobernada por grandes capitanes, se hallaba en un estado imponente, y todo caminaba con un orden que aseguraba la paz y la comun felicidad. Existian no obstante algunos enemigos exteriores que incomodaban á los católicos de Flandes y de Sicilia, siendo uno de éstos el célebre pirata Dragut, cuyo solo nombre inspiraba mas terror que el de Barbaroja, y que apoyado por la Francia habia subyugado ya casi toda la Córcega, á pesar de la paz de Chateau Cambresis. Felipe encargó al duque de Medinaceli, virey de Sicilia, una expedicion contra Trípoli que era la principal guarida de Dragut; mas tuvo un éxito desgraciado, y esta fue seguramente la vez primera que la suerte se mostró contraria á las armas de Felipe. Hizo otras tentativas, pero sin mas fruto que el del desmembramiento de las tropas expedicionarias; hasta que por último el célebre Francisco de Mendoza con el socorro de los portugueses y de los caballeros de Malta, atacó y desbarató la armada naval de los infieles.

Las miras del Monarca español en favor de la Religión católica se estendian aun mas allá de sus estados. Así, para contener á los hugonotes de Francia, que hacian grandes progresos, envió una embajada á Catalina de Médicis, regenta de Francia por la muerte desgraciada de Enrique II, á fin de que no confiriere empleo alguno á tal clase de gentes, nacidas, segun expresion

de un historiador, *para trastornar todo lo divino y humano.* Pedíale igualmente que recibiese los decretos del concilio de Trento, que él mismo habia recibido y mandado observar en todos sus reinos; pero como el interés de la regenta de Francia se reducía á entretener los diversos partidos, favoreciendo alternativamente á unos y á otros para no ser oprimida por ninguno de ellos, salieron frustradas las esperanzas de Felipe. La heregía triunfaba en Francia, y aun cundia en otros países. Habia llegado en Flandes á tal extremo la perversidad, que apenas podia encontrarse remedio humano capaz de curarla. Pio IV, sucesor de Paulo IV, no omitia medio para hacer cesar tantos males. Dispuso este celoso Pontífice entre otras cosas, que las iglesias de España contribuyesen al Rey con un subsidio para la guerra, y á fin de que se armasen sesenta galeras para arrojar de nuestras costas á los piratas mahometanos, aunque Felipe se habia anticipado ya en estos preparativos, espendiendo para ello enormes sumas. Tan infatigable este Monarca en los negocios públicos, como hábil en la política, observaba con dolor que volvía á sembrarse la mala semilla en Flandes, causa de las grandes desgracias que despues sobrevinieron. Quiso, pues, repararlas, y erigió á este fin la universidad de Douai, bajo las mismas leyes y constituciones que la de Lovaina, con lo cual consiguió poner un dique, ó á lo menos detener por entonces los proyectos de los calvinistas.

La época desde 1563 hasta 1581 fue tan fecunda en grandes sucesos, que seria interminable referirlos todos; nos contentaremos solamente con insinuar algunos de los principales. Tales son la total espulsion de los moriscos de España; el descubrimiento, conquista y conversion al cristianismo de las islas llamadas